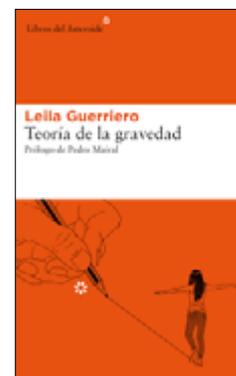


## Teoría de la gravedad

Leila Guerriero  
Libros del Asteroide  
Barcelona, 2019  
196 pp.  
ISBN: 978-84-17007-99-7



Quizá sólo al finalizar la lectura de la columna que clausura el último libro de la periodista y escritora argentina Leila Guerriero (Junín, 1967) somos capaces de vislumbrar cabalmente el soterrado hilo narrativo que bosqueja la forma interior que impulsa la escritura de *Teoría de la gravedad* (Libros del Asteroide, 2019). Tras leer esa última columna, cuyo revelador título es el de “Empezar”, podemos entender este libro como un viaje a la semilla del oficio de escribir. Y comprendemos, además, lo que el escritor argentino Pedro Mairal ya adelanta en el lúcido prólogo que acompaña a esta obra: “El orden en sí mismo es una historia” (pág. x).

Y es que la selección de sus columnas publicadas desde 2014, cada miércoles, en el diario *El País* se lee como un nuevo texto, una suerte de palimpsesto en el que cada una de estas columnas, cual teselas de un mosaico (o “venecitas”, al decir de la autora), traza un nuevo diseño; así, la disposición de estas columnas no obedece al orden cronológico en el que fueron publicadas, sino que propone un itinerario inédito en el que Guerriero ensaya su personal teoría de la gravedad. En la columna que cierra esta recopilación, la escritora argentina se cuestiona qué es un fin y qué es un principio, y lo hace en el *departamento* en el que empezó a escribir. Es hacia esa habitación propia hacia donde se dirige el subtexto del libro, hacia donde gravita la escritura de Guerriero. Es también en ese departamento,

ahora desarbolado, donde la autora decide que “dejar atrás es, ahora, la forma de ganarlo todo. Regresar la única forma de seguir adelante” (pág. 196). El principio y el fin de un tiempo conviven en esa Ítaca que es la escritura como espacio, como “patria tirana”, en la que dejar atrás y vaciarse constituyen un ejercicio de ascesis que asegura la continuidad de su escritura.

Inscrita en la trama que hilvana esta selección se encuentra latente la cuestión del carácter fronterizo de la escritura de Guerriero. De hecho, el conjunto de columnas que integra el libro se lee como un todo orgánico en el que la frontera entre periodismo y literatura se desdibuja. Incidiendo precisamente en la cualidad artística de su escritura, Mairal afirma en su prólogo que los textos que componen la selección “tienen la esencialidad del poema, ni una palabra de más. [...] Son como poemas, pero prosificados” (pág. ix). Y es en la imprecisión e indefinición de ese *como poemas prosificados* [mi cursiva] donde se revela, a nuestro parecer, la cifra exacta de la escritura en la que vive Leila Guerriero. Poco importa, por tanto, trazar gruesamente el contorno que separa al periodismo de la literatura. Tampoco es este un asunto que preocupe a la autora si tenemos presente lo que ya afirmaba en *Zona de obras* (2014): “Yo no creo que [...] escribir periodismo sea una prueba piloto para llegar, alguna vez, a escribir

ficción. Yo podría morirme [...] sin quitar mis pies de las fronteras de este territorio, y nadie logrará convencerme de que habré perdido el tiempo” (pág. 227).

Hay momentos en *Teoría de la gravedad* en los que Guerriero muestra las costuras de su escritura y nos revela tentativamente sus propias dudas, en un ejercicio de honestidad en el que su voz suena más auténtica: “Y aquí estoy. Contando sin saber por qué. Ni cómo” (pág. 170). En este sentido, la cuestión de cómo escribir palpita en el fondo de buena parte del libro. La escritura como oficio artesanal y esforzado y como sustento vital cristaliza en varias columnas. Así ocurre en “Escribir”: “Escribir. Amasar el pan. No hay diferencia” (pág. 176), expresado con la brevedad de un haiku y con su mismo poder evocador. O, también, en “Correr”: “Corro para escribir. Corro porque escribo. Porque es igual de inútil, igual de necesario, igual de pavoroso” (pág. 192).

Igual de esencial es en el libro la escritura de los otros, de los autores admirados por la autora. En este gran fresco que es *Teoría de la gravedad* todos los artistas convocados dialogan entre sí y su conversación sustenta en gran medida la arquitectura de un libro por el que desfilan Ricardo Piglia y William Faulkner, Basho e Idea Vilariño, Claudio Bertoni y Joan Didion o Pedro Mairal y Héctor Abad Faciolince, por citar unos pocos. Tan vital es la presencia de estos autores y las citas que Guerriero toma prestadas de ellos, que la autora llega a afirmar en la columna “No basta” lo siguiente: “A veces pienso que mi oficio no es otro que el de venir aquí y contrabandear poemas que escribieron otros. Después, alguna vez, salir en puntas de pie, quedarme quieta, desaparecer” (pág. 82).

Si es verdad, como decía Ortega y Gasset, que los grandes poetas nos plagian, Guerriero parece adherirse a esta afirmación sin titubeos: leyendo esta colección de columnas

sentimos el homenaje de la autora a sus autores predilectos a través de lo que puede leerse como unas agradecidas apostillas. Cabe preguntarse en este punto por el significado profundo que encierra esta confesión íntima de la autora y hasta qué punto las múltiples citas que recorren el libro no constituyen la semilla o el motor primigenio a partir del cual fructifican muchos de sus textos.

Igualmente, en sus palabras aflora esa cualidad permeable de su escritura que permite a la autora habitar el paisaje íntimo descrito en sus columnas para luego “salir en puntas de pie, quedarme quieta, desaparecer”. No es este un libro autobiográfico en contra de lo que pueda parecer, pues la autora desaparece sigilosamente cuando creemos entreverla; en todo caso su biografía reside en su mirada. Una vez más, los contornos de lo real, la ficción, o incluso la auto ficción se desdibujan como meros géneros a los que la escritura indómita de la autora argentina no se somete.

Para finalizar, regresamos al comienzo de esta reseña. “Empezar”, la última columna del libro, no sólo parece señalar el fin de esta reescritura inédita que Libros del Asteroide ha publicado con enorme acierto, sino que también parece decretar un cierto fin de ciclo en la escritura de Leila Guerriero. Cuando esta reseña se publique, la autora argentina ya habrá abandonado el espacio que el diario *El País* tenía reservado para cada una de sus columnas desde 2014: trescientas veinte palabras, 21 renglones, de “dosis homeopáticas”, en palabras de la autora. Para entonces, 700 palabras errantes habrán aterrizado en *El País Semanal* con una primera columna cuyo título, “Principio y fin”, parecía haber sido encriptado premonitoriamente en el último texto con el que Leila Guerriero finaliza su *Teoría de la gravedad*.

David Amezcua Gómez  
Universidad CEU San Pablo